

» quiero serlo : tampoco quiero imitar á César, menos á
 » Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria.
 » El título de Libertador es superior á todos los que ha reci-
 » bido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degra-
 » darlo ». Y le ofrecía en cambio la constitución boliviana,
 es decir, la cosa sin el nombre; la realidad de la monarquía,
 sin sus vanos atributos (40). Cuando así hablada, había sido
 ya nombrado á perpetuidad jefe supremo de Bolivia y acababa
 de ser proclamado presidente vitalicio del Perú, siéndolo de
 Colombia con facultades extraordinarias. Con este poder real
 y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las cuatro
 tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando
 tenía, ó creía tener en sus manos, lo que valía más que un
 cetro de rey ; el bastón de dictador perpetuo del nuevo mun-
 do. César, con una corona de laurel, que aceptó para ocul-
 tar una calvicie como la suya, no necesitó hacerse emperador
 para serlo. Crómwell no se atrevió ó no quiso declararse rey,
 y al investirse con el título de Lord Protector, hizo llevar
 delante de sí una biblia y su espada; Bolívar, como César
 y como Crómwell, era más que un rey, y con su corona cí-
 vica, llevaba delante de sí por atributos de su monocracia, su
 espada de libertador y su código boliviano, que era la biblia
 de su ambición personificada. Por eso ha dicho un historiador
 universal, admirador de su genio bajo otros aspectos, juzgán-
 dolo severamente en este momento histórico, en presencia del
 gran modelo de los gobernantes de un pueblo libre : « Wás-
 » hington ha dado á la historia una medida elevada para
 » juzgar los caracteres públicos, medida que se había casi
 » perdido en los siglos ocupados por el reino del sable y la
 » violencia. Las brillantes hazañas de un Napoleón, han

(40) Carta de Bolívar á Páez de 8 de agosto de 1826 (dos días después de ser nombrado presidente de Bolivia y del Perú).

» podido desplazar por algún tiempo esta medida, pero no
 » alterarla permanentemente. La aparición de Bolívar en la
 » escena del mundo, no ha podido desplazarla en el más breve
 » espacio del tiempo » (41).

VIII

En medio de la embriaguez de estos vastos planes de en-
 grandecimiento personal, de un mando sensual sin ideales y
 de los deleites enervantes de la Capua sud-americana, donde
 Bolívar llevaba hacía dos años la existencia voluptuosa de
 un monarca oriental, como Salomón, pero sin su proverbial
 sabiduría, le llegaron tristes noticias de la patria lejana, que
 parecía haber olvidado. Colombia se disolvía. Al mismo
 tiempo que sus partidarios de Guayaquil y Quito proclamaban
 su dictadura incondicional en las costas del Pacífico, Vene-
 zuela con Páez á su cabeza se sublevaba contra el gobierno
 general, proclamando la autonomía federal. El vice-presidente
 Santander, en pugna con ambos movimientos, los condenaba,
 levantando en alto la constitución de Colombia. La prensa
 liberal de Nueva Granada se pronunciaba enérgicamente
 contra su plan monocrático. Bolívar se trasladó por mar á
 Guayaquil (setiembre de 1826) precedido por los pronuncia-
 mientos que lo aclamaban árbitro absoluto, y reasumió in-
 constitucionalmente las facultades extraordinarias de presi-
 dente de la república en ejercicio, como dictador militar de
 hecho (setiembre), hasta el grado de casar sentencias judi-
 ciales y sentenciar procesos que no habían terminado, man-
 dando ejecutar los reos por su orden (42). El pueblo y las

(41) Gervinus : « Hist. du XIX siècle », t. X, pág. 240.

(42) Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 530.

autoridades de Bogotá salieron á su encuentro, y le manifestaron « que podía contar con su obediencia bajo el imperio » de la constitución y las leyes que habían jurado respetar » y sostener ». Esta insinuación lo turbó, y sin oír el fin de la arenga, repuso airado « que esperaba una felicitación y no » consejos sobre obediencia á las leyes, ni de violación de » ellas causada por su misma iniquidad ». Este acto de intemperancia, que parecía el síntoma de una política anti-constitucional, le enagenó las voluntades, de los liberales granadinos principalmente (43). El Libertador asumió el mando con facultades extraordinarias, y se trasladó á Venezuela con el carácter de tal, delegando en el vice-presidente Santander su representación en la capital (noviembre). Venezuela se sosegó con su presencia (1.º de enero de 1827). La rebelión venezolana fué ensalzada, su caudillo declarado « salvador de la patria » y sus autores premiados con menoscabo del gobierno general. Bolívar y Páez se entendieron: quedó acordada entre ambos la reforma de la constitución de Cúcuta, que el Libertador había jurado mantener por el espacio de diez años en 1821. Desde este momento quedó sin punto de apoyo en la opinión del país. La prensa liberal de Bogotá, dirigida por Santander, empezó á atacar agriamente su política reaccionaria. Irritado por estos ataques, ó para afirmar su autoridad con un golpe teatral, repitió una nueva é irrevocable renuncia que como todas las anteriores se disiparía en ruido vano de palabras: « Yo gimo entre las agonías de mis compatriotas y » los fallos que me esperan de la posteridad. Yo mismo no me » siento inocente de ambición, y por tanto me quiero arrancar » de las garras de esta furia para librar á mis conciudadanos » de inquietudes, y para asegurarme después de mi muerte

(43) Posada Gutiérrez: « Mem. hist. polít. », pág. 30. El autor, partidario y admirador de Bolívar, habla como testigo presencial.

» una memoria que merezca de la libertad. Con tales sentimientos, renuncio una y mil millones de veces la presidencia de la república. El congreso y el pueblo deben ver » esta renuncia como irrevocable. Nada sería capaz de obligarme á continuar en el servicio público. El congreso y el » pueblo son justos: no querrán condenarme á la ignominia » de la deserción » (6 de febrero). Santander hizo también la suya, presentándose como el sostenedor de la constitución. La votación del congreso fué un desastre para el prestigio de Bolívar. Un senador levantó su voz diciendo: « La constitución boliviana es el peor ultraje que ha podido hacerse á la » razón humana en este siglo de luces y de libertad; es el » conjunto de todas las tiranías, es un despotismo legal, es » el oprobio y degradación de los pueblos. Ella es el monstrum horrendum de que habla Virgilio; No! Antes federa- » ración que esclavitud, primero destierro que ser vasallo » de nadie. Concluyo diciendo que debe admitirse la renuncia del presidente Bolívar, y este es mi voto » (44). Veinticuatro votaron por la aceptación, y cincuenta y seis en contra. La renuncia de Santander le infligió otra mortificación: su renuncia sólo tuvo cuatro votos por la aceptación y setenta en contra (45). Empero, continuó siendo presidente, y no desertó. Desde entonces sus renunciaciones quedaron desmonetizadas.

Al mismo tiempo que los cimientos constitucionales de Colombia se conmovían, el imperio boliviano se desplomaba. El Perú y Bolivia recobraban su autonomía, rompían la constitución impuesta y deponían sus presidentes vitalicios, amparados por las mismas tropas colombianas dejadas por el Libertador para su custodia.

La división colombiana en el Perú, fué la primera que dió

(44) Voto fundado del senador Miguel Uribe en el congreso de Colombia, el 6 de junio de 1826.

(45) Sesión del congreso colombiano de 6 de junio de 1826.

el ejemplo, deponiendo á sus jefes, y declarando los oficiales que promovieron el levantamiento : « que sostendrían á todo trance la constitución jurada de su patria », y protestaban enérgicamente « contra los pronunciamientos criminales de » Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena y Venezuela, que » pretendían hollar el código de la nación » (26 de enero de 1827). Las campanas se echaron á vuelo en la capital de Colombia al recibirse la noticia, y el estruendo de los cohetes pobló los aires. Santander aprobó la conducta de los sublevados, y públicamente la ensalzó á los gritos de ¡ Viva la libertad ! ¡ Viva la Constitución ! Todos los colombianos sin distinción de colores políticos, y hasta las tropas de la capital con sus músicas á la cabeza, participaron del júbilo del vicepresidente (46). Estaban fatigados de la gloria y del poder personal de Bolívar, que quería imponerse, sin comprender que había hecho su tiempo ó errado su camino. Desde este momento se pronunció la ruptura entre Bolívar y Santander.

Este es el momento de acabar de perfilar la figura de Santander, para fijar sus contornos. General de la escuela mixta de Nariño y de Mariño, sin la inspiración de Bolívar, era más bien un hombre civil. Su carrera militar señalada por la preparación de la reconquista de Nueva Granada, fué manchada por la cruel ejecución de los prisioneros rendidos en Boyacá, que ensangrentó sus laureles. Vice-presidente de la república, y encargado del mando en ausencia del Libertador presidente, su administración fué desordenada y hundió al país en la bancarrota, aunque no se manchó con peculados. En política su papel fué duplo. Á la vez que hacía profesión

(46) Posada Gutiérrez, que como queda dicho, fué un entusiasta admirador de Bolívar hasta sus últimos días, dice en sus « Memorias histórico-políticas », pág. 47 : « En aquella imprudente algazara fraternizamos completamente los santanderistas, federalistas ó separatistas, » con los centralistas, constitucionales puros ».

de fe de principios liberales, adhirió al plan de confederación de los Andes, contra el cual se pronunció después, como sostenedor de la constitución. Más neo-granadino que colombiano, aspiraba á suceder á Bolívar en el mando de su tierra, previendo la disolución de Colombia, y sostenido por un partido, que como se ha visto en el acto de la aceptación de las renunciaciones, era más poderoso en el parlamento que el del mismo Bolívar. Producida la ruptura, se lanzó en el camino de la oposición con estos propósitos, y perseverando en él le veremos terminar su carrera envuelto en oscuras conjuraciones contra el Libertador. Mientras tanto, su separación dejaba á Bolívar sin fuerzas políticas ni morales que lo apoyasen, y sin hombres de consejo que moderasen su ambición. En ese momento le faltó su último punto de apoyo en el exterior.

El ejemplo del Perú cundió en Bolivia. Las tropas colombianas, desmoralizadas por la misión pretoriana que les estaba encomendada, y odiadas por el país, llegaron á ser un peligro en vez de un sostén, á punto de pedir el mismo Sucre su retiro. Un escuadrón acantonado en Cochabamba, se sublevó en masa y se refugió en territorio argentino. La guarnición de Chuquisaca se amotinó, y el vencedor de Ayacucho al procurar contenerla con su presencia, recibió de sus propios soldados un balazo que le rompió un brazo. Otra división se sublevó en La Paz. Sucre que había participado de las prevenciones de Bolívar contra los argentinos, no veía en tal situación más remedio para mantener al menos por un año la armazón constitucional de Bolivia, — en cuya duración no creía, — que una alianza ó confederación con la República Argentina y Chile, que la preservase de las asechanzas del Perú (47). Sucre con su ascendiente moral, con-

(47) « He mandado al doctor Funes copia de todas las comunicacio-

siguió mantener por algún tiempo un aparente orden político y militar; pero invadido el territorio boliviano por el ejército peruano al mando de Gamarra, resignó en la asamblea constituyente el mando vitalicio que le pesaba, y evacuó el país con sus tropas, declarando que Bolivia quedaba dueña de su soberanía (1.º de octubre de 1827). El Perú y Bolivia quedaron desde entonces repúblicas independientes y soberanas, según el plan de la hegemonía argentina, en contraposición al plan absorbente de la hegemonía colombiana sostenida por ejércitos de ocupación.

IX

A la vez que el imperio boliviano se desmoronaba, Colombia entraba en el período de la descomposición. Máquina de guerra montada por el genio de Bolívar, para libertar á Venezuela con Nueva Granada, á Nueva Granada con Venezuela, á Quito con ambas, y asegurar el triunfo definitivo de la independencia sud-americana con los tres pueblos, era un absurdo como nación. Sus intereses eran opuestos, sus antagonismos invencibles, y la organización militar que le dió su fundador contribuyó más á inocularle los gérmenes de la disolución. Venezuela y Nueva Granada, por una tenden-

» nes con Arenales, para que él agite allí el celebrar tratados de amistad y alianza entre las dos repúblicas, y si es necesario, indique mis disposiciones á una federación de esta república con la Argentina y Chile. Me parece necesario verificar esta confederación, porque si no Bolivia queda expuesta á los planes hostiles del Perú, que se muestra con pretensiones de subyugarla, y á sus asechanzas diplomáticas con Buenos Aires. En el año que yo esté aquí, no temo, porque contando con la fidelidad de las tropas me burlo de los que pretendan invadirnos ». (Carta de Sucre á Bolívar de 3 de julio de 1827, en « Memorias » de O'Leary.)

cia natural y por una ley geográfica, aspiraban á ser naciones independientes, y no tenían un patriotismo colectivo que las identificase. Quito era como una colonia de Nueva Granada, que por sus antecedentes históricos aspiraba á la autonomía. Tal vez Bolívar pudiera haber consolidado su obra, si en vez de cambiar su papel de libertador por el de conquistador y entregarse á delirios ambiciosos en países extraños, mientras su patria se disolvía, se hubiera consagrado á regularizar su administración, promover su prosperidad interna, desarmar el militarismo, perfeccionar sus instituciones republicanas y satisfacer las legítimas aspiraciones del patriotismo ilustrado y conservador, con el prestigio de su poder y de su gloria, retirándose en tiempo para dejar una nación organizada, al menos bajo la forma federal que conciliaba todo. Habría sido en su medida moralmente tan grande como Washington, y legado á su posteridad una nación organizada y un alto ejemplo de virtud cívica que realzaría su gloria, inmortal de todos modos. Pero no estaba este esfuerzo en su naturaleza desequilibrada. Con ambiciones insaciables, fomentadas por la adulación y el orgullo, sin principios sólidos de moralidad política, con ideas convencionales cristalizadas que pretendía imponer á la razón pública en progreso, confundió su interés particular con el interés público, y como se lo decía á Benjamín Constant, llegó á creer que su dictadura ilimitada era una necesidad, que la América del sud se perdía si no era patrimonio suyo. Así, cuando los pueblos se emanciparon de su monocracia, cuando Colombia se sublevó, cuando le faltó hasta el punto de apoyo de las bayonetas en que había fundado su imperio, llegó hasta desesperar de los destinos del nuevo mundo republicano que contribuyera á hacer surgir sobre el haz de la tierra, y fiar el porvenir del último fragmento de su patria despedazada á la protección de un rey extraño, renegando del credo inscripto en sus banderas victoriosas de libertador!

La gran catástrofe estaba cercana, y el Libertador la aceleró al hacer decretar la reforma de la constitución, y convocar la gran convención que sólo podría reunirse después de transcurridos diez años (en 1831). Santander se prestó á propiciar este acto con sofismas, y lo promulgó, deseoso de reconciliarse con el Libertador (7 de agosto de 1827). La convención se reunió en Ocaña, y ha pasado á la historia con este nombre tristemente famoso en los anales del despotismo boliviano (9 de abril de 1828). El partido santanderista resultó en mayoría. Después de vanas tentativas para convenir los dos partidos en un proyecto de reforma constitucional, sin que nadie se atreviese á pronunciar la palabra de presidencia vitalicia, la convención se disolvió por la deserción de los partidarios de Bolívar en minoría, instigados indirectamente por él (10 de junio). La república se declaró acéfala de hecho. En tal situación, reunióse en Bogotá una junta popular convocada por el intendente de la ciudad (13 de junio). El general Córdoba, el de la proclama de « paso de vencedores » en Ayacucho, con un latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, dictó la siguiente resolución: « No obedecer á » la convención de Ocaña; revocar los poderes de sus dipu- » tados, y que el Libertador presidente se encargase del » mando supremo de la república con plenitud de facultades » en todos los ramos » (48). Bolívar respondió á este llamado anárquico, declarando, que « se apresuraba á satisfacer los » votos de la capital, que había tomado á su cargo salvar á » la patria de la anarquía ». Desde entonces, según las palabras de un imparcial historiador europeo, « el Libertador se » quitó la máscara de liberalismo con que se había cubierto » por tanto tiempo el rostro, y mostró en toda su desnudez la » fealdad de una ambición vulgar y repugnante » (49).

(48) Posada Gutiérrez: « Mem. histórico-políticas », pág. 195-197.

(49) Gervinus: « Histoire du XIX^e siècle », t. X, pág. 196.

Autorizado por los pronunciamientos que respondían al de Bogotá, asumió la dictadura, y suprimió al vice-presidente que á última hora quiso reconciliarse otra vez con él. La jurisdicción militar prevaleció sobre la civil; los principales opositores fueron deportados como perturbadores del orden público; se prohibió en las universidades hasta la lectura de los escritos de legislación de Jeremías Bentham, que había sido su numen, y se reemplazaron con tratados de teología, suprimiendo la enseñanza del derecho público, del derecho constitucional y administrativo. Por último, quedó restringida la libertad de la prensa (50). Prometió, empero, reunir un nuevo congreso constituyente en el plazo de un año, y respetar mientras tanto las garantías constitucionales. No era un tirano; pero era un déspota sin rumbo.

Exaltado el espíritu de la juventud liberal, extraviada por las reminiscencias de la antigüedad, vieron en el Libertador un César, y evocaron al puñal de Bruto. Santander, que participaba de lejos de los trabajos de los conjurados, nombrado por Bolívar para desempeñar una misión diplomática, se oponía al asesinato; pero el asesinato quedó resuelto. Bolívar dormía en brazos de una querida traída de Lima, á la que el pueblo llamaba « la libertadora », cuando los conjurados golpearon su puerta á altas horas de la noche, después de sorprender la guardia de su palacio (25 de setiembre). Pudo evadirse á tiempo, y la conjuración falló. Los principales conjurados fueron juzgados militarmente y suspendidos en la horca, entre ellos el almirante Padilla, el héroe de Maracaibo, que había tomado una participación indirecta en el movimiento. Era mulato como Piar. Santander fué condenado á muerte, y Bolívar conmutó su sentencia en destierro.

(50) Baralt y Díaz: « Resumen de la hist. de Venezuela », t. II, pág. 217-218.

Así terminó su carrera este éspectable personaje, de incontestable mérito, pero de carácter equívoco. Desde este día, Bolívar quedó civil y políticamente muerto y fué una sombra de sí mismo (51).

Las tropas colombianas sublevadas en el Perú, introdujeron la guerra civil en Guayaquil. La provincia de Pasto volvió á insurreccionarse. El Libertador declaró la guerra al Perú, para someterlo de nuevo, y fué ésta la primera guerra entre las repúblicas sud-americanas, provocada por el mismo que les dió la independéncia. Los peruanos invadieron Guayaquil. Sucre, al frente de las sólidas tropas colombianas, venció al ejército peruano que le hizo frente en Guayaquil. Bolívar trató con los pastusos en condiciones humillantes, y después de abrir en persona hostilidades sobre Guayaquil donde perdió sin pelear 3,000 hombres en sus pantanos, firmó al fin la paz con el Perú.

X

Durante la guerra con el Perú y más aún después de terminada, Bolívar consideró perdida la América, desde que no estuviesen todas las repúblicas sometidas á su dominación reguladora. Desde su cuartel general, de Quito, dirigióse oficialmente á su consejo de ministros en Bogotá: « El espantoso cuadro que ofrecen los nuevos Estados americanos hace prever un porvenir muy funesto, si una nación pode-

(51) « Desde mucho antes su salud declinaba rápidamente: Ya no podía andar dos horas á caballo sin cansarse. Su energía había caído en languidez, y desde la noche fatal del 25 de setiembre estaba muerto moralmente ». (Posada Gutiérrez: « Mem. hist. polít. », pág. 140.)

» rosa no media entre ellos. No queda otro recurso (en el concepto del Libertador) que el que se hable privadamente á los ministros de Estados Unidos y de Inglaterra, manifestándoles las pocas esperanzas que hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos, si un Estado poderoso no interviene en sus diferencias ó toma la América bajo su protección » (52). Los ministros le objetaron, que Colombia no tenía personería de los demás Estados americanos para someterlos á la protección de una potencia extranjera y disminuir así los derechos de su soberanía (53). El Libertador insistió en su idea recargando las sombras del cuadro: « Desde que las diferentes secciones americanas han ensayado infructuosamente todas las formas de gobierno simples ó mixtas, comprendidas entre la democracia pura y el completo absolutismo; después que los pueblos ineptos para gobernarse á sí mismos, son frecuentemente la presa del primer ambicioso; desde que la desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; y cuando la antigua metrópoli hace preparativos para una nueva y fuerte expedición, es inevitable deplorar anticipadamente la suerte del Nuevo Mundo. La América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección ó influencia emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y ejerza un poder bastante que en caso de ser desatendida, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre. El Libertador no se adhiere á la palabra; busca la cosa. Busquemos una tabla de que asirnos, ó resigné-

(52) Ofi. del secretario de Bolívar, José D. Espina, al consejo de ministros de Colombia, de 4 de abril de 1829, en Quito.

(53) Contestación del consejo de ministros de Colombia á Bolívar, de mayo de 1829, según Restrepo, « que era uno de los ministros: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 210.